



CABARET VOLTAIRE

presenta

Azahara Palomeque

Pueblo blanco azul

Azahara Palomeque
Pueblo blanco azul



«Una fábula poética, mágica, que da alas a la memoria. Un precioso juego blanco-azul de espejos.» David Uclés

«La tierra y el agua, la memoria democrática y las reivindicaciones ecológicas, se dan la mano en una novela que somatiza los dolores históricos –las violencias y los traumas de género y de clase– empapándose con las voces de sus muertos. De sus muertas, también.» Marta Sanz

«*Pueblo Blanco Azul* mira con espanto al pasado pero enseguida es empujada al futuro, en este caso por un vendaval literario: el de la imaginación audaz y el lenguaje rabiosamente poético de Azahara Palomeque.» Isaac Rosa



cabaretvoltaire.es

en librerías el 18 de febrero

Azahara Palomeque

Pueblo blanco azul

SINOPSIS

Tras una temporada en el extranjero, Elaia regresa al pueblo de sus orígenes para escribir una novela. Quiere contar la historia de su familia, un entramado de vidas marcadas por la guerra, la dictadura y las dificultades de la vida en el campo andaluz. A medida que los silencios heredados se despejan, emerge una memoria viva, que más que sobre el pasado tiene mucho que decir sobre el presente. Y que llega también para sanar una herida: la del duelo sin cerrar por la muerte de su abuela, de la que no pudo despedirse.

Azahara Palomeque escucha las historias que guardan las casas y los olivares, y nos devuelve esas voces ausentes que hablan de amores desafiantes, viajes liberadores, las lealtades y traiciones que rigen un pequeño mundo. Una novela conmovedora y rupturista en la que lo oral y lo poético se trenzan con cuidado artesano en un canto a las raíces, a los afectos y a los futuros que aún es posible imaginar.

LA AUTORA

Azahara Palomeque (El Sur, 1986). Estudió Periodismo y Comunicación Audiovisual en la Universidad Carlos III de Madrid. En 2009 se marchó a EE.UU., donde, tras realizar estudios de máster, se doctoró en la Universidad de Princeton con una tesis sobre el exilio español en América Latina. Autora de cuatro poemarios y un libro de crónicas, se dio a conocer con el ensayo *Vivir peor que nuestros padres* (Anagrama, 2023) y la novela *Huracán de negras palomas* (La Moderna, 2023). Ha cultivado el periodismo, donde destaca con un estilo muy personal a caballo entre lo analítico y lo lírico; actualmente es columnista de *El País*. Antes de retornar a España en 2022, fue profesora de Filosofía y Política Internacional en la Universidad de Pensilvania. En la actualidad vive en Córdoba.

CLAVES DEL LIBRO. ENTREVISTA

¿De dónde nace *Pueblo blanco azul*, cuál es su germen?

Pueblo blanco azul nace del amor infinito a mis abuelos, Luciana y Antonio, y del duelo no sanado por su muerte. Ambos fallecieron cuando yo vivía en Estados Unidos y no pude acudir a ninguno de los dos entierros. Eso ha pesado en mí como una losa, porque sentía que, al no haber ritualizado la pérdida, seguían vivos; que debía imaginar tanto su final como sus vidas para hacerles justicia; y que esta narración me ayudaría a cerrar la herida y, al mismo tiempo, conocer mejor su pueblo y el mío: Castro del Río (Córdoba), pues realicé una investigación extensa antes de ponerme a ficcionalizar sus biografías. Al mismo tiempo, este enclave de la campiña forma parte de mi territorio afectivo desde que era niña y ya había intentado novelarlo con 17 años. Cuando me mudé a Córdoba en 2023, recuperé algunas ideas de aquel manuscrito de la adolescencia, y empecé a concebir la historia desde su propio suelo. Jamás habría podido escribirla en Estados Unidos. De alguna forma, necesitaba estar aquí y contemplar sus mismos paisajes para evocarlos.

La novela es, ante todo, una indagación en la memoria. Pero una memoria viva, que extiende su raíz hasta el presente. ¿Cómo te relacionas con esta idea?

La memoria nos constituye, y a mí me ha formado como escritora. Realicé una tesis doctoral sobre el exilio a caballo entre la historia, la filosofía y la literatura; durante mi etapa migratoria, la memoria de mi tierra se articuló en forma de nostalgia reflexiva (en la expresión de Svetlana Boym) en varios poemarios; y ahora he querido recuperarla no sólo como arqueología, sino como proyección de futuro. No me interesaba escribir una novela anclada al pasado, sino explorar de qué manera el pasado nos interpela y nos brinda afectos, aprendizajes y vínculos nutritivos. Si lo pensamos bien, estamos hechos de memoria: la genética y el lenguaje lo son, y eso lo transmitimos a las siguientes generaciones. Aquí youento una fábula donde todo se entrelaza de manera muy sutil y, creo, puede generar mucho placer en los lectores, además de reflexiones pertinentes para el presente.

Azahara Palomeque

Pueblo blanco azul

En *Pueblo blanco azul* también es definitorio el escenario: la España rural, el campo andaluz.

Sí. El campo andaluz, y la España rural en general, pueblan mi imaginación literaria y alimentan mis raíces, esa «necesidad del alma humana», que decía Simone Weil. En la novela, vuelve a aparecer El Sur que siempre pongo como lugar mágico de mi nacimiento, lleno de cariño, pero sin romantizarlo. Por eso se narran el sufrimiento de la Guerra Civil y la posguerra, las luchas por el agua en territorio de sequías, la emigración... Me interesaba elaborar una ruralidad rica en referentes culturales, atravesada por la historia, pero también llena de protagonistas que son sujetos activos, piensan y toman decisiones, y hablan como les da la gana. De hecho, una de las cuestiones que cuidé cuando escribía *Pueblo blanco azul* fue la oralidad andaluza, que reivindico como patrimonio colectivo. Una región tan sufrida como Andalucía, la comunidad más poblada de España, bien merece una atención y un respeto que superen los estereotipos. Éste fue, hasta cierto punto, el proyecto de Lorca, y yo lo retomo desde el afán poético contemporáneo.

Desde esas coordenadas, emerge como fundamental una figura: las de los abuelos, las abuelas. ¿Qué significa para ti?

Creo que los abuelos se han convertido en una parte indispensable de las subjetividades actuales, más si cabe para mi generación. Ellos vivieron etapas de penuria y hambre; vieron cómo España padecía un oscurantismo dictatorial que aún nos pesa; lidiaron con la muerte, pero también impulsaron luchas políticas a favor de la vida y por la democracia. Por otra parte, en mis abuelos se dieron los amores entre un republicano represaliado y la hija de un comerciante fascista, atemorizada por la figura del padre. Esa historia exemplifica la de muchas familias que desafiaron las imposiciones y rencillas sociales para arcillar un proyecto propio, con enormes dificultades y silencios que sólo pude descifrar años más tarde. Sus esfuerzos me parecen encomiables.

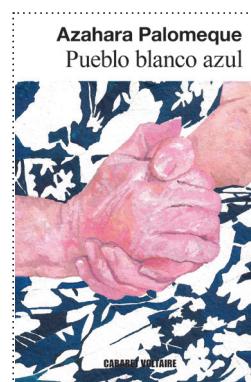
De algunos de esos abuelos y abuelas no hemos podido despedirnos como habría sido necesario. Los duelos no resueltos son un problema colectivo que también forma parte de esta historia.

Sí. De hecho, con la pandemia me di cuenta de que muchas personas habían enfrentado la misma pena que mi yo migran-

te: la de no haberse podido despedir de sus seres queridos, que fueron arrojados al ataúd inmediatamente por el miedo al contagio. En el fondo, estamos hablando de la poca consideración que se le da a la muerte hoy en día, obligados como estamos a reponernos cuanto antes y volver al trabajo, sin que prestemos demasiada atención al rincón magullado que dejan los ausentes en nuestro corazoncito. Para mi fabulación, fue esencial la lectura de *La muerte en común*, ensayo de la filósofa Ana Carrasco Conde. Ella analiza la importancia del ritual funerario en la creación de comunidades, desde la Grecia clásica hasta nuestros días. Esta novela va también de eso, de crear comunidad.

En el libro también está presente una mirada ecologista, una atención a las luchas relativas a los recursos naturales. ¿Cómo concibes la aproximación a estos temas desde la literatura?

La novela podría encajar con lo que Gabi Martínez ha bautizado como «Literatura», desde el momento en que la fábula se ve interrumpida por la falta de agua en el pueblo. ¿Podemos narrar, abrazar el goce estético, conversar con los muertos —como hacía Quevedo— si nos faltan los elementos esenciales para la supervivencia? Durante la escritura de *Pueblo blanco azul*, 80.000 vecinos de la comarca de Los Pedroches, en la sierra de Córdoba, se quedaron sin agua un año entero. Eso casi no salió en los medios nacionales, pero influenció la elaboración del libro. ¿Cómo vivían? ¿Cómo afectó esta tragedia a la celebración de sus fiestas, a las rutinas diarias, a sus relaciones o la crianza de los niños? No iba a hacer una crónica de los acontecimientos, pero éstos sí me inspiraron a la hora de moldear personajes más humanos.



320 páginas
PVP 21,95
ISBN 978-84-19047-63-2

Azahara Palomeque

Pueblo blanco azul

Comunicación Cabaret Voltaire:

comunicacion@cabaretvoltaire.es

91 199 88 96 - 630 98 65 47

Síguenos en nuestras redes sociales:

IG: @cabaretvoltaire_ed

Bluesky: @cabaretvoltaire.bsky.social

FB: @EditorialCabaretVoltaire

EXTRACTOS DEL LIBRO

«El tiempo, al fin, se comportaba como un lienzo recién doméstico y albergaba un brochazo entreverado de blanco y azul, somnoliento, como los murmullos del cielo cargado de nubes que no prometen lluvia. Una pátina de verde a veces lo deslucía hasta que el color guardaba más incógnita que estética. El tiempo, que habían memorizado cincelado en silencio, desprovisto de ancestros pero también de horizonte, análogo a la fotografía enmarcada que prodiga su estatismo entre quienes repudian la arqueología, iba ramificándose como esos árboles que transportan nutrientes a los ejemplares famélicos; y se enganchaban los eslabones, y se resolvían los acertijos censurados.»

«Pepe era un muchacho apacible; de porte fino y cabello hirsuto, algunas greñas se le escurrían por los laterales del cráneo a pesar de que lucía su mata abrillantada hacia atrás y le aplicaba disciplina de capitán, atenuados los rizos en una pasta voluminosa que casi se le juntaba con las cejas. Luciana, quien se sentó a la mesa puesta y respiró una ráfaga de café mezclada con aquel olor tan característico de los enclaves de playa, oteó la figura delgada a plazos, como si fragmentara el cuerpo en pedacitos y a cada segundo aislado respondiese una pieza de la imagen que poco a poco se arrollaba en su cabeza, después del deslumbramiento en la estación, completamente inabarcable. Debía ser discreta, hablar pero con medida, exhibir unos modales aprendidos en casa —con los que pretendía no dejar en mal lugar a Bartolomé, porque todos sabían que su madre estaba loca, el prestigio yacía en el apellido paterno— y, a la vez, que la casa no la engullese en su totalidad, pues el viaje implicaba asimismo denostar un pelín el pueblo y amoldarse a las costumbres pulcras de aquellos extraños; debía encorsetar sus carnes y no adensarlas demasiado comiendo y, sobre todo, debía evitar las manos hacendosas, el ímpetu que la empujaba a los fregaderos y las escobas, ya que la finca contaba con servicio y a ella, de repente, la llamaban 'señorita'.»

SOBRE ÉL HAN DICHO

«Azahara Palomeque es la voz más inteligente de mi generación. Ahora nos sorprende con una fábula poética, mágica, que da alas a la memoria como sólo ella sabe hacer. Un precioso juego blanco-azul de espejos.»

David Uclés

«Azahara Palomeque nos cuenta que la lucha siempre es necesaria porque siempre hay alguna profunda injusticia contra la que revolverse. El pasado impregna el presente y el presente busca proyectarse hacia el futuro. La tierra y el agua, la memoria democrática y las reivindicaciones ecológicas, se dan la mano en el relato de una narradora que somatiza los dolores históricos —las violencias y los traumas de género y de clase— empapándose con las voces de sus muertos. De sus muertas, también. La narradora es una "retornada", una forastera, para quien su propia lengua fue, en algún momento, algo perdido que ahora merece la pena mimar. De la búsqueda de los vínculos, de la conciencia de pertenecer —también de pertenecer a un modo de decir y de mirar— brota la fuerza para las revoluciones. La revolución de Azahara Palomeque es una revolución lingüística, porque ella es escritora: en su uso poético de la lengua hay una posición política y una búsqueda de los orígenes. La extrañeza del lenguaje es pertinente en cada página. Con esta novela, la escritora Azahara Palomeque descubre cómo construir, con qué palabras, un discurso literario sobre la memoria, la raigambre, la comunidad y el compromiso que no suena a ternurismo ni a naftalina. Me siento orgullosa de vivir dentro de este libro y de haber gozado de la experiencia de poderlo leer. Dentro y fuera. Desde la profundidad y en la superficie. Así escribe Azahara Palomeque: desde la vulneración del límite y la pregunta de los umbrales.»

Marta Sanz

«*Pueblo Blanco Azul* mira con espanto al pasado pero enseguida es empujada al futuro, en este caso por un vendaval literario: el de la imaginación audaz y el lenguaje rabiosamente poético de Azahara Palomeque.»

Isaac Rosa